

ritu. Y meditó sobre la pasión de Cristo; y tras la meditación, vinieron las visiones proyectadas por su propio pensamiento en el aire y descubiertas por sus ojos encendidos de fiebre y arrasados de lágrimas. Y se le apareció así, por virtud de la electricidad diseminada en sus nervios, del sentimiento agitado en su corazón, de la fantasía por tantos provocativos objetos excitada, y del pensamiento concentrado en sus meditaciones religiosas, la imagen del Salvador, con su cruz á cuestas, que le recomendaba la fundación de una compañía en Roma misma, donde todo su poder había de serle favorable y propicio. Sale fuera Ignacio del templo, en que acababa de ver aquello, y dirigiéndose á Fabro y Lainez, díceles que no sabe si Jesús les destina para mártires, si quiere que mueran como él en la cruz ó descoyuntados en una rueda, pero está cierto y seguro de que Jesús mismo, en persona, materialmente, se halla con ellos y á su lado. En esto comenzó á decirles que toda aquella larga vida suya, tan trabajada por grandes pensamientos y tan curtida en terribles interiores combates, y tan probada en inenarrables amarguras, tenía tan solo un capital objeto y fin, el de fundar formidable compañía con el Salvador por general, con los ejercicios espirituales por enseñanza y por escuela, especie de legión sagrada como aquellos antiguos tebanos célebres en los tiempos del cristianismo, que hasta de su vida, si era preciso, llegasen á desasirse y enajenarse para servir en obediencia perpetua y en servicio eterno á Nuestro Señor Jesucristo. Y añadió mas, añadió que como tuviese resuelto empeño de presentar al Papa este proyecto de asociación religiosa, tan largamente meditado, pensaba ponerle por nombre la Compañía de Jesús.

La visión maravillosa movió la firme voluntad de Ignacio. Nacido para mandar, dijo que no pensara nadie, por modo alguno, en dirigirle observaciones acerca del nombre adoptado, pues lo tenía resuelto y lo pondría de seguro, aunque fuera contra el parecer unánime de todos. Creía dar á entender con tal denominación que no llamaba los coasociados á las órdenes de un pobre sacerdote como él, sino á la compañía y sueldo del Hijo de Dios, gran caudillo, el cual desplegaba su estandarte y esgrimía su espada, en contra del infierno y de las potestades infernales. No se ha visto jamás asociación alguna religiosa, que tuviera tan clara y determinadamente, como la Compañía de Jesús, el nombre y el carácter y la organización y la disciplina militar.

Llegados á Roma empezaron á comunicar con el Papa el pensamiento que traían y la obra que iban á cimentar y á concluir con tan decisivo y resuelto empeño. El Papa indagó su doctrina, y para conocerla mejor, entregó cátedras de teología dogmática y moral en desempeño á los fundadores de la orden. Fabro explicó los sagrados libros en la Sapiencia, y Lainez la escolástica, ejerciendo su oficio y enseñando sus asignaturas con erudición y gravedad. En vista de tales adelantos convocó el Padre Ignacio en Roma con apresamiento á los discípulos y correligionarios diseminados y esparcidos en Italia. Mediaba la cuaresma de 1538, cuando se juntaron en una casa y viña de honrado devoto conocido con el nombre de Garzonio, habitante de las cercanías que rodean el Monasterio de la Trinidad. Lo primero, en que pensaron, fué en distribuirse la ciudad de Roma para sus predicaciones; y cada uno de ellos escogió la iglesia que le plugo, pues todas se hallaban á su disposición y merced. Cuando el Papa los vió tan celosos en el ejercicio de su ministerio, quiso enviarlos á diversos puntos, con ánimo de que predicaran y movieran los pueblos á la frecuentación de los templos y de los sacramentos. Pero ellos, deseosos de vivir en comun aunque los apartaran el tiempo y la distancia, decidieron unánimes fundar la compañía, destinada en sus propósitos y en sus pensamientos á sumar el cuerpo y el alma de todos, absorbiéndolos en su organismo superior y en su perdurable perennidad. Una voz respondió á este propósito, como si todos tuvieran un solo corazón. Las ideas bebidas por Ignacio en sus visiones extáticas habíanlos atado con fuerte nudo, y dádoles un nombre inmortal. A sus votos de castidad y de pobreza unieron el voto de obediencia, imitando á Jesús, el cual, por no perder la obediencia, dió la vida, y tanto, que obedeció hasta la muerte y muerte de cruz. Todos ellos convinieron en sacrificarse con abnegación excepcional y en ofrecerse al Papa como la víctima se ofrece al sacrificador. Y después de haber decidido nombrar un prepósito, mejor dicho, un director y jefe de la compañía, decidieron que fuera vitalicio. Y dichas y hechas todas estas cosas, quedó fundada la comunidad formidable, que intentó volver hácia atrás el mundo y resucitar cuanto había perecido en el terrible oleaje de la revolución religiosa.

Estaba el Sumo Pontífice, allá en Tívoli, á 3 de setiembre de 1539, cuando el cardenal Contareno se presentó á notificarle como Ignacio y los suyos

habian decidido ofrecerse todos en obediencia perpetua y firme á él y á sus sucesores, fundando perdurable compañía que los defendiese hasta la muerte. Oyó esto con gran contento el Papa, quien estaba muy pagado de las lecciones dadas y de las obras hechas y de los sermones pronunciados por los fundadores de la compañía. Leyó, pues, los proyectos presentados; y túvolos por buenos. Mas no bastaba, no, á los compañeros de Jesus esta confirmacion verbal, necesitábanla escrita, y escrita la pidieron. Sometió tal asunto el Pontífice á tres cardenales de la Iglesia católica, quienes contradecian reciamente y procuraban que no tuviese efecto la pedida confirmacion. Fundábanse para ello en lo estatuido por el Concilio Lateranense bajo Inocencio III, y el Concilio Londonense bajo Gregorio X, de todo en todo contrarios á la multiplicacion de las órdenes religiosas, por verlas caer del fervor primitivo con que comienzan y se inician muy luego en irremediable decaimiento. Creian ellos mas conveniente al esplendor de la Iglesia reformar las órdenes antiguas que estatuir nuevas y desconocidas. A pesar de estas oposiciones, llamó el Papa tal asunto á sí personalmente; y decidió por sí la confirmacion. Presintiendo los servicios, que habia de prestar, dijo como veia en aquella obra el dedo de Dios. Y quedó por tal manera confirmada la Compañía de Jesus, á 27 de setiembre del año 1540, fecha famosísima y trascendental en los anales de la revolucion y de la reaccion religiosa.

## CAPITULO V

### PROPÓSITOS DE LA COMPAÑÍA Y ELECCION DE SU PRIMER GENERAL

La decision de fundar la nueva sociedad fijóse tras la estancia larguísima en Venecia y el malogro evidente de la peregrinacion á Jerusalem. Los escrúpulos, propios de San Ignacio, se muestran á una en las precauciones que tomaba para su obra y en la lentitud con que se apercibia y preparaba para concluirla y perfeccionarla. Un año hacia que gozaba las prerogativas espirituales del orden sacerdotal, y en este año no habia sido osado á decir misa. El que allá en sus ejercicios espirituales disponia con tal acierto el ánimo á ver y tocar materialmente la persona de Cristo, como de bulto y de relieve, no queria presentarse al ara santa con sus trajes litúrgicos para recibir á su Dios en la hostia consagrada por sus labios, sin creerse completamente digno de acto tan extraordinario, en que la criatura crea casi á su Divino Criador. Escogió Ignacio para esta ceremonia la Noche Buena de 1538, y díjola en la capilla del pesebre conservado en Roma y en Santa María la Mayor, entre otras muchas reliquias mas ó menos auténticas.

Los días precedentes á la fundacion de aquella nueva orden fueron días de alucinaciones. El fundador no hacia mas que orar, y en sus oraciones pedir, hasta la importunidad, á Cristo su auxilio y su socorro. Cuando la idea máxima de Dios, por su natural infinidad, le abrasaba la vista, no cabiéndole apenas en el cerebro, interponia entre aquella lumbré vivísima y la órbita de sus ojos enardecidos, el melancólico astro que, reverberándola y entibiándola en su esfera, la trasmitia mas dulce y suave, haciéndola penetrar hasta las entrañas del corazon y difundirse con su calor suavísimo por